

Las Ciencias Sociales Latinoamericanas, sus Condiciones y Desafíos ante la Sociedad del Siglo Veintiuno

*Dr. Marcelo Arnold-Cathalifaud*¹

Resumen: Las producciones de las ciencias sociales en Latinoamérica tienen una escasa presencia en la teoría social contemporánea. Este artículo analiza esta situación y para ello se organiza sobre la base de cuatro momentos. En el primero, se reflexiona sobre la posición que ocupa la producción de conocimientos de las ciencias sociales en la sociedad contemporánea; en segundo lugar, se presenta un balance preliminar sobre el estado de las ciencias sociales latinoamericanas; en el tercero, se examinan las condiciones que imponen la actual *normalización* y estandarización de la producción científica. Finalmente, con un énfasis más bien normativo y crítico, se proponen opciones para abordar los dilemas y desafíos que hoy enfrentan a las ciencias sociales en nuestra región.

Palabras Claves: Ciencias Sociales. Latinoamérica. Conocimiento. Teoría social contemporánea. Autopoiesis.

Abstract: Latin America social sciences productions have a scarce presence in contemporary social theory. This article examines this situation on the basis of four arguments. The first is about the position of the production of social science knowledge in contemporary society. The second presents a preliminary assessment on the state of Latin American social sciences; in the third, we examine the conditions imposing the normalization and standardization of current scientific production. Finally, with an emphasis on policy and critique, it proposes options for addressing the dilemmas and challenges now facing the social sciences in our region.

Keywords: Social sciences. Latin America. Knowledge. Contemporary social theory. Autopoiesis

¹ Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de Chile.

1. Las ciencias sociales ante los cambios estructurales de la sociedad contemporánea

La comunicación científica y sus aplicaciones tecnológicas se han asentado en la base de lo que denominamos cultura contemporánea. Sus funciones no han pasado desapercibidas, y las investigaciones sobre las proyecciones de la actividad científica se han multiplicado en todos los ámbitos de la vida social. Paralelamente, se ha generalizado una caracterización de la sociedad que destaca su creciente dependencia del conocimiento científico y tecnológico cuya obra ya clásica, y referencia obligada, es la monumental trilogía sobre la era de la información del sociólogo Manuel Castells (1996).

Por otra parte, en el plano de la convivencia social, como destaca Pinilla (2011), las orientaciones valorativas y normativas que tradicionalmente han guiado las decisiones políticas empiezan a ser desplazadas por nuevas premisas que establecen que las decisiones en materias sociales deben considerar conocimientos de expertos. La noción de *sociedad del conocimiento*, popularizada por organismos internacionales como la UNESCO (2005) y luego transformada en concepto guía para la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), el Banco Mundial y otras burocracias internacionales, es una expresión de este cambio de eje. Por esos y muchos otros motivos, actualmente constituye una tarea prioritaria estudiar los contextos de construcción y los medios de difusión de los conocimientos en ciencias sociales.

Es un hecho que los conocimientos producidos o atribuidos a las ciencias sociales se ocupan para apoyar, clausurar o contener la discusión de temas públicos; la economía, la educación, la administración, la psicología y la salud pública son sus casos más paradigmáticos. La institucionalidad científica ha pasado a ser relevante en materias jurídicas y donde la deliberación ética parece desbordarse. En un plano más cotidiano, pero no menos relevante, los medios de comunicación de masas utilizan sus interpretaciones sobre resultados de la investigación social para reseñar

múltiples temas, desde el aborto o la rehabilitación penal, hasta sobre cómo establecer o conservar amistades.

Así, en este primer decenio del siglo veintiuno asistimos a un reposicionamiento de los conocimientos que producen las ciencias sociales, tanto en el plano de la comprensión descriptiva como en el prescriptivo de las dinámicas que acontecen en la sociedad así como fondo argumental para la selección y legitimación de decisiones que afectan a personas, comunidades y países. De este modo, la sociedad prosigue su reproducción acogiendo y diseminando los resultados de un quehacer que se origina en universidades y centros de investigación social. Bajo este encuadre, la relevancia alcanzada por las prestaciones científicas en la sociedad contemporánea invita a examinar con más detalle, por ejemplo, los medios de generalización de nuestros conocimientos.

Particularmente interesa explorar la vinculación de procesos aparentemente contrapuestos. Por un lado, el hecho de que la producción científica se correlaciona estrechamente con las capacidades económicas y las condiciones políticas de los países y, por el otro, el afianzamiento, desde mediados del siglo pasado, de una sociedad mundial cuyo modo de reproducción es crecientemente indiferente a las diferencias regionales. Nos referimos, específicamente, al efecto de las tecnologías info-comunicacionales que impulsan la des-territorialización de la ciencia generalizando sus conocimientos casi en tiempo real o articulando simultáneamente procesos investigativos en distintos puntos del planeta. Actualmente, en nuestras disciplinas, quien quiera conocer sus tendencias puede acceder fácilmente a ellas a través de buscadores especializados, o revisando *on line* las más recientes publicaciones de su área. De hecho, en toda la región, desde los años 90 se han incrementado y facilitado sustantivamente la distribución, accesibilidad y conocimiento de las producciones de ciencias sociales con LATINDEX (1997), SCIELO (1998), CLACSO (1998) y REDALYC (2002), sin desconocer la multiplicación de muchas otras posibilidades accesibles a través de Internet.

Tomando en consideración el contexto antes descrito, adquiere importancia destacar la diferenciación entre la producción científica, es decir, la variación y selección de sus temas, y la difusión mediante la cual estos se generalizan. Ciertamente, la sociedad mundial, y su expresión en las ciencias sociales, se enuncian mejor en la difusión de conocimientos desde las institucionalidades de ciencias sociales de los países occidentales desarrollados. Esa distinción revela como un hecho evidente que los textos de autores estadounidenses, ingleses, franceses o alemanes forman parte de las materias que obligatoriamente deben ser conocidas y enseñadas a quienes se forman en ciencias sociales (GALINDO, 2008). Esta situación, que da cuenta de las relaciones entre centro y periferia, tiene varias implicancias y merece nuestra atención.

Interesa preguntarse con respecto a los aportes efectivos a las ciencias sociales globales que provienen de países periféricos. En este caso, existen algunos ejemplos que dan cuenta de flujos desde la periferia al centro, como la teoría de la dependencia o la teología de la liberación que, para el caso de las ciencias sociales, destaca por su aplicación a una interpretación de la cultura latinoamericana a partir de sus formas de expresión popular de la religiosidad católica. Ambas teorías constituyen ejemplos anticipatorios, aunque parciales — pues sólo pretendieron hacerse cargo de especificidades regionales — de una des-regionalización de la producción de conocimiento global en ciencias sociales.

Recientemente hemos concluido un estudio (ARNOLD et al., 2011) que aborda otro caso de generalización de un concepto teórico acuñado en un país periférico en las ciencias sociales, es decir, donde la dirección tradicional de la difusión de teorías científicas se invierte. Este trabajo estuvo centrado en la teoría de la autopoiesis desarrollada, en el año 1973, por los biólogos chilenos Humberto Maturana y Francisco Varela (1995), la cual, como se conoce, fue incorporada en el año 1982 en la teoría de los sistemas sociales de Niklas Luhmann en Alemania (1997) y asimilada por la corriente psicológica y constructivista de Palo Alto en California, USA (SEGAL, 1986). Este caso nos remite a las actuales condiciones estructurales de la sociedad

contemporánea e invita a reflexionar sobre la efectiva declinación de las tradicionales divisiones regionales del conocimiento y las posibilidades de que avances científicos originados en centros periféricos del mundo influyan en el desarrollo del sistema de la ciencia. Pues: ¿qué otra cosa que no sea la existencia de una ciencia global, incluso sin fronteras entre campos disciplinarios, es la que proporcionó el espacio para que pudiera difundirse el concepto de autopoiesis²?

Sin embargo, los escasos ejemplos de polos alternativos de difusión científica, en el campo de nuestras disciplinas, obligan a precisar las condiciones que favorecerían la expansión de estos desarrollos teóricos, como las redes entre centros productores de conocimiento, la participación de investigadores en influyentes círculos de difusión científica o el interés de editoriales para la difusión de estos conocimientos. Pero también, y en este punto focalizamos nuestro interés, nos llevan a reflexionar sobre el rol conservador que juegan las expectativas de nuestras propias comunidades científicas, y de intelectuales, sobre el valor de nuestros conocimientos, y los obstáculos que estas mismas se colocan para ponerlos en la primera línea de sus disciplinas. Sobre esta materia ahondaremos más adelante.

2. Balance preliminar acerca del estado de las ciencias sociales latinoamericanas y chilenas en particular

Ciertamente hay un alto grado de consenso en reconocer que el nivel y tipo de desarrollo de las ciencias sociales en Latinoamérica se correlaciona estrechamente con las condiciones políticas y sociales de nuestros países. A partir de esta vinculación pueden explicarse importantes cambios en el desarrollo de nuestras

² La referencia original al concepto de autopoiesis que aparece el año 1973 en el texto *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: la organización de lo vivo*, cuyos autores eran Humberto Maturana y Francisco Varela. Autopoiesis, en esa publicación, refiere a las condiciones de producción, a partir de sus operaciones internas, de los sistemas vivos (en principio organismos celulares). En tanto teoría, la autopoiesis constituye una explicación general sobre los modos de operación de sistemas que operan en clausura frente al entorno y bajo condiciones estructurales autodefinidas. Otras proyecciones de la teoría se encuentran en el campo de la neurobiología del conocimiento y en las corrientes constructivistas radicales (ARNOLD *et alli*. 2010).

disciplinas. Por ejemplo, cómo desde de la década de los 80 la expansión de las universidades privadas, al alero de las reformas neoliberales, alteró las institucionalidades de las ciencias sociales al punto que, actualmente, una gran proporción de estudiantes de esas áreas egresan de ese sector universitario o cómo, por esas mismas fechas, consejos de investigación empezaron a definir, desde fuera de la academia universitaria, formatos y focos de investigación o, derechamente, introdujeron sus propias agendas y prioridades en las ciencias sociales. Más aún, durante ese mismo período se agregaron como productores de conocimientos sobre la sociedad las agencias gubernamentales, organismos internacionales, organizaciones no gubernamentales, centros de estudios privados (*think tanks*) y empresas, en este último caso, generando importantes e impactantes encuestas y estudios de opinión pública realizados en forma independiente de los centros académicos (PINILLA, 2011).

Las perspectivas que colocan su foco en la contextualización sociopolítica y económica de la producción de las ciencias sociales aportan sustantivamente a su comprensión, pero al poner las expectativas de desenvolvimiento en sus entornos descuidan la observación de las tramas y condiciones internas de sus comunidades. Lo anterior no desmiente el hecho innegable de que más recursos y mejores condiciones de trabajo favorecerían el desarrollo de nuestras disciplinas. Pero esta mirada no parece suficiente, pues, a pesar de que prácticamente todos los países de la región cuentan con presupuestos históricos para becas e investigaciones y disponen de cada vez más numerosos centros universitarios que forman especialistas en ciencias sociales, nuestras contribuciones, si las colocamos en un horizonte de comparación internacional, siguen siendo escasas o, al menos, alejadas de las expectativas. Analicemos algunas evidencias que sustentan esta última afirmación.

El último informe mundial de la UNESCO sobre el estado de las ciencias sociales (UNESCO, 2010) destaca el enorme crecimiento en la cantidad de investigadores, proyectos, publicaciones y estudiantes de ciencias sociales en América Latina. Las

cifras son contundentes: el 57% de los graduados en Latinoamérica provienen de las ciencias humanas y sociales; en México, por ejemplo, el 59% de los investigadores pertenecen a estas disciplinas. Así también apreciamos que esta expansión cuantitativa de las ciencias sociales regionales, tiene por efecto una creciente deselitización de nuestras comunidades, pues se han pluralizado los orígenes socioeconómicos de estudiantes y profesores a la vez que se han debilitado sus vínculos tradicionales con gobernantes y políticos, configurando un “funcionariado” de investigadores y tecnólogos que carecen de influencia directa en la sociedad y sus órganos políticos. Probablemente este último factor da cuenta de la generalizada opinión acerca del declive de las ciencias sociales regionales.

La información disponible permite constatar que la región latinoamericana, en relación con su creciente volumen de estudiantes e investigadores, tiene proporcionalmente una baja aportación disciplinaria a nivel global. Sin duda esta situación empieza a cambiar, entre otros ejemplos, en el área de tecnologías de análisis de datos con el trabajo, en México, de César Cisneros (2011) o el Grupo de Trabajo de Metodología que acaba de crear como publicación electrónica la *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social*; en las reflexiones sobre la sociología del cuerpo y las emociones que desarrolla Adrián Scribano y su equipo en Argentina (2011), o la Revista Cinta de Moebio, que desde Chile canaliza trabajos epistemológicos en el mundo latinoamericano, entre otros. Pero igual no parecen empalmarse los crecimientos cuantitativos (masa crítica) y cualitativos (nivel de calificaciones de docentes e investigadores) de nuestro universo de investigadores con su impacto. De hecho, en nuestra apreciación, desde la mencionada circulación global de las teorías de la dependencia y de la teología de la liberación, además de la noción de autopoiesis (¡aunque originalmente no es estrictamente de las ciencias sociales!), son pocos los aportes que se han incorporado a la teoría social contemporánea.

Ciertamente hay muchas más investigaciones y publicaciones, pero sus síntesis, referencias y elaboraciones escasean. Es difícil encontrar su resonancia más allá de

nuestras comunidades locales, y nuestras producciones apenas se integran de forma significativa al conocimiento disciplinario internacional. Es decir, hasta el momento los avances no tienen los efectos esperados, por cuanto se aprecia una debilidad en el encadenamiento entre una creciente masa crítica, investigaciones y publicaciones, y su aporte a conocimientos que se estabilicen en la comunicación científica.

Antes de avanzar, quiero aclarar que no desconocemos el impacto que han tenido en nuestras disciplinas las dictaduras militares, tampoco la deslegitimación de nuestro oficio y aportes cuya expresión, entre otras, es nuestra precariedad institucional, menos las limitaciones presupuestarias de nuestras más importantes universidades públicas, frente a las cuales generalmente las ciencias sociales terminan como las más afectadas. Sin embargo, no podemos quedarnos sólo lamentando estas situaciones. Tampoco la revitalización de las ciencias sociales se producirá sola cuando esas condiciones cambien. Hasta donde la experiencia permite ver, las funciones de una actitud de espera son equivalentes a lo que ocurre en una escalera mecánica: todos avanzan, pero las distancias permanecen idénticas. Por eso, la revitalización de las ciencias sociales regionales no vendrá como un proceso natural y del cual el tiempo se hará cargo, sino que para ello se requiere un esfuerzo colectivo. De partida, no podemos quedarnos atrapados en el facilismo de una crítica insuficientemente propositiva o caer en el fatalismo de someternos acríticamente a los actuales estándares hegemónicos sin intervenir en su discusión.

Aunque las evidencias en que se basan nuestras reflexiones están circunscritas a nuestra experiencia y posiblemente no sean extensibles a otros contextos, las consideramos ilustrativas, pues sirven de punto de partida para reflexionar críticamente acerca de las condiciones estructurales que sustenta este escenario. Por ejemplo ¿en qué medida, cuando destacamos los déficits, dependemos de puntos de vista sesgados por los paradigmas hegemónicos y por los parámetros de los centros de ciencias sociales estadounidenses o europeos? Sobre esta discusión nos extenderemos más adelante.

3. Condiciones que impone el patrón hegemónico en la producción de conocimientos en ciencias sociales

El menguado aporte regional a la ciencia social podría tener relación con las limitaciones que colocan los actuales estándares de las publicaciones científicas cuya lengua más utilizada es el inglés, idioma que ha pasado a ser en menos de un siglo dominante en el mundo académico. Efectivamente, cualesquiera que sean los estándares con que se define la productividad científica, sus criterios imponen barreras que no afectan a todos por igual, como queda en evidencia ante los indicadores que la miden. Según el índice Ulrich, que registra a las más importantes revistas de corriente principal, el 85% está en inglés (en español sólo el 4%, en portugués el 1,7%); en el índice Thomson, que registra los artículos indexados, el 94% (solamente el 0,40% está en español y en portugués, el 0,08%). Aunque la relación no es mecánica, no extraña que, ciertamente, Estados Unidos sea por lejos el mayor centro productor de artículos en ciencias sociales y, en cambio, Latinoamérica y Asia aporten sólo el 2%. Una reciente medición indica que, mientras en Estados Unidos se publican diez mil artículos por año, en Latinoamérica durante una década se publicaron sólo cuatro mil. Dicho en forma contundente, África, Latinoamérica y Oceanía en conjunto aportan con menos del 5% de los artículos registrados en las indexaciones en ciencias sociales (UNESCO, 2010:151).

En parte, los efectos de la estandarización idiomática podrían explicar la escasa presencia de las producciones locales en las ciencias sociales globales, las cuales, en su mayoría, no se han integrado al estándar “*inglés — paper ISI*”. Lo que sí es evidente es que, cuando las mediciones de productividad y las evaluaciones que se aplican a la producción científica en ciencias sociales se centran en estos indicadores, abren un debate acerca de la consecuencia de posicionarse entre las alternativas: “publique papers en revistas indexadas en idioma inglés y sométase a sus estándares” o “hágalo de otra forma y asuma las consecuencias”. Lamentablemente, las posturas díscolas se proyectan, por una parte, en bajas evaluaciones para los investigadores, lo que dificulta sus carreras académicas y se

traduce en menores sueldos; por la otra, las facultades o departamentos de ciencias sociales que no atienden el llamado a integrarse a las normas internacionales, conviven con las dificultades para acceder a fondos e incluso para conservar o justificar los que tienen. Pero, paralelamente a lo anterior, también es posible observar las condiciones aludidas no como expresiones del hegemonismo autoritario vigente o como exclusivamente negativas.

Podría señalarse que la generalización de una matriz de criterios y estándares generales puede facilitar efectivamente la comunicación y la colaboración científica. Así, en este aspecto, la actual globalización podría considerarse como una oportunidad para abordar colaborativamente, y por lo tanto en formas más efectivas, problemas globales como por ejemplo la exclusión social y los procesos migratorios, el calentamiento global y los desafíos de gobernabilidad internacional, las múltiples formas de corrupción, la mercantilización de las vinculaciones sociales, las inequidades educacionales, los límites entre el narcotráfico y el terrorismo, o el envejecimiento de la población y las crisis individuales como problemas de salud pública. Además, puede ser una oportunidad para abordar importantes fenómenos emergentes como el creciente impacto y presencia del activismo a través de las redes sociales en internet en los procesos políticos locales y mundiales, las vinculaciones entre desigualdades y la individualización o la relevancia del conocimiento en las operaciones económicas globales. Ninguno de los temas mencionados es patrimonio de un país o región del planeta. Así, no parece tener fundamento que las explicaciones acerca de la conformación y funcionamiento de la sociedad, de sus problemas, cambios o evolución tengan que hacerse necesariamente desde algunos países o regiones; más aún, parece poco plausible pensar que esto sea posible desde esfuerzos aislados de conocimiento. Por otra parte, hay que hacer notar, para no caer en el fatalismo ante la imagen de una irremediable dependencia, que las posiciones de los centros de influencia en ciencias sociales, como la sociedad entera, también se modifican.

Hay evidencias de que la globalización de la investigación en ciencias sociales está favoreciendo a los centros europeos, cuyas publicaciones en pocos años se han hecho comparables con la de Estados Unidos, o de que la producción china, y en general la asiática, se ha internacionalizado fuertemente y por lo tanto se hecho más conocida, o de que Brasil — como consecuencia de sus políticas para el desarrollo del capital humano, donde el 32% de los investigadores proviene de las ciencias sociales —, ha comenzado a tomar posición como un productor de conocimiento en ciencias sociales, lo cual debería asombrarnos dada su, en comparación con el resto de los países latinoamericanos, tardía fundación de instituciones universitarias (WSSR, 2010:129). Dicho lo anterior, aclaramos que compartimos la idea de que la internacionalización de la producción científica social es una medida, no una meta.

Ciertamente, la incorporación de criterios y estándares más exigentes y la exposición de nuestras producciones a un mundo globalizado tiene sentido en tanto contribuyen al sentido de nuestras disciplinas, al aporte que pueden hacer a la sociedad y en particular a nuestra región y sus países, ya sea para su intervención reparadora o cambio, o para su comprensión sociológica. Comprender la sociedad para actuar sobre su actual complejidad con más propiedad y efectividad no debe quedar pendiente. Eso no podría sino que lamentarse, no sólo por la pérdida del sentido de nuestras disciplinas, sino también por el detrimento que tiene para la sociedad no contar con mejores instrumentos teóricos y metodológicos para su auto-comprensión e intervención. En estos últimos sentidos se extienden los comentarios que siguen.

4. Algunos dilemas y desafíos que enfrentan hoy las ciencias sociales en la región latinoamericana

Actualmente, las producciones científicas se constituyen a través de encadenamientos de evidencias y argumentaciones que dan forma al sistema científico de la sociedad (LUHMANN, 1998). En este sentido, las condiciones que imponen los nuevos rituales que se exigen para la producción y certificación de conocimientos en la ciencia social obligan, de una u otra manera, a alinearse con

estos estándares para poder participar en sus definiciones. Quien opte por otro camino asume los costos de su innovación. Ciertamente, esta observación no establece un juicio sobre la calidad de las producciones que se desvían de las normas científicas, sino que sólo destaca la desviación, cuyas consecuencias, como destaca Nassehi (2011), constituyen autoexclusiones, pues sólo los textos que enlazan con el sistema científico pueden agregarse como componentes del mismo. Es por lo anteriormente dicho que negarse a la integración de nuestras producciones marginándonos de las comunicaciones de la ciencia social de clase mundial puede ser un error mayúsculo. Dado el nivel de agregación de conocimiento científico, el primer afectado, al marginarnos de sus expresiones validadas, es el desarrollo local de nuestras disciplinas y con ello el conocimiento de nuestras realidades y urgencias.

Al apartarse nuestras producciones de los criterios internacionales, disminuimos considerablemente nuestras posibilidades de desarrollar y difundir nuestras investigaciones, y la sociedad, sin alternativa, se surte, para su autodescripción y comprensión, de conocimientos periodísticos, lo cual nada malo tiene si son asumidos como tales, pero ello no parece ser así. Al menos en mi país podemos apreciar, cada vez más habitualmente, que comunicadores y publicistas son considerados referentes para el conocimiento de la sociedad, y cada vez más la observación sociológica se notifica como *opinología*, “cuñas” en los noticiarios o literatura de supermercados, cuya seducción se basa en sus altas compensaciones, en poder y prestigio, a bajos costos para sus voceros. Pero lo peor es el gran perjuicio que se hace a la aspiración universalista de nuestras disciplinas, pues, al desapegarnos de su construcción, sólo les queda ser elaboradas desde la mirada de centros de investigación de países desarrollados y occidentales, es decir, como una forma sesgada.

Desde sus orígenes las ciencias sociales tienen pretensiones universalistas y éstas no se han abandonado. Sociólogos, antropólogos y psicólogos se identifican con el estudio de la sociedad, la cultura y los procesos psíquicos, y sus instrumentos teóricos o metodológicos no hacen referencia a que sus fenómenos, los

constituyentes de sus identidades disciplinarias, sean exclusivos de regiones, países o épocas. Sólo por mencionarlo, desde que se formularon el estructuralismo o el marxismo han sido aplicados, o pretenden ser aplicados, en todas las regiones del planeta y en los diferentes países. Más aún estas teorías, dado su nivel de abstracción, han sido capaces de abordar evidencias que destacan tanto la diversidad y la localidad de los problemas y temas que explican como la unidad que subyace a ellos. Ciertamente, no confunden las formas solidarias alemanas con las mexicanas, brasileñas o argentinas, por ejemplo. Sin ir más lejos, el gran Darcy Ribeiro (1976), desde su conocimiento acabado de la teoría evolucionista de la antropología estadounidense, proyectó su gran obra sobre el proceso civilizatorio de América Latina, y nuestro amigo Paulo Henrique Martins (2011), actual vicepresidente de ALAS, desde la inspiración del francés Marcel Mauss, ha promovido el pensamiento anti-utilitarista en nuestra región.

Para remontar nuestras posiciones en las ciencias sociales globales nos favorecería mucho una rápida integración a las mejores prácticas de las ciencias sociales internacionales y promover su generalización a través de organizaciones académicas regionales, como ALAS o CLACSO, por ejemplo. En este punto de la discusión quisiera salir al paso de importantes corrientes de opinión en algunos círculos intelectuales latinoamericanos, desde donde se insiste en promover el desarrollo de pensamiento local con el argumento de que las teorías que explicarían la sociedad estarían encadenadas a sus localizaciones de origen. Para los defensores de estas posturas, no actuar de esa manera sería una señal de dependencia y colonialismo o, más aún, de nuestro sometimiento a los centros hegemónicos. No obstante el respeto que merecen estas ideas y sus declaradas acciones de resistencia, ellas, en los hechos, pueden prestarse para una malinterpretación. En todo caso estamos, a mi juicio, en un punto de inflexión.

Nuestras propuestas para ser sede de los más importantes congresos en los próximos años y la cercanía que tendremos con el futuro congreso de la ISA en Buenos Aires, y este año en Recife (2011), son oportunidades que debemos

aprovechar para discutir estas materias y estrechar lazos con tradiciones con las cuales compartimos aspiraciones y con las cuales podemos enfrentar el desafío de posicionar activamente, en forma colectiva y colaborativa, nuestras disciplinas en el actual contexto global.

En este sentido, estoy proponiendo que nuestro quehacer académico coloque como motivo central el posicionamiento de la producción de ciencias sociales latinoamericanas en las ciencias sociales globales. Creo que estamos en deuda con este desafío. Para ello debemos recuperar críticamente nuestra rica tradición del pensamiento social desarrollado por nuestros intelectuales, pero también trabajar para apropiarnos y desarrollar las mejores expresiones de las ciencias sociales contemporáneas. Comparto plenamente la indicación de Pablo de Marinis (2011) con respecto a la apropiación crítica y creativa del pensamiento social global, vinculándolo con el propósito de aportar con impacto y efectividad, desde nuestra región, a la producción teórica de clase mundial. Tal tarea debe empezar a formar parte de nuestras expectativas.

Referencias

ARNOLD, M.; URQUIZA, A.; THUMALA, D. *Recepción del concepto de autopoiesis en las ciencias sociales*. En *Revista Sociológica*, N° 73. México, DF: UAM — Azcapotzalco, p. 87-108, 2011.

_____. *¿Es aplicable el concepto de autopoiesis a los sistemas sociales?* Presentación en el X Congreso Español de Sociología, Pamplona, Navarra, 2010. Grupo de Trabajo 2, Teoría Sociológica. Disponible en <<http://www.marceloarnold.cl/images/navarra2010.pdf>>. Acceso en nov. 2010.

CASTELLS, Manuel. *La era de la Información*. Madrid: Alianza Editorial, 1996.

CISNEROS, Cesar. *Computación Cualitativa*, 2011. México, DF: CC Consultores. Disponible en <<http://www.paginasprodigy.com/cesarcisne/>>. Acceso en nov. 2011.

DE MARINIS, Pablo. *Derivas de la comunidad: algunas reflexiones preliminares para una teoría sociológica en (y desde) América Latina*. 2011. Presentación PRE ALAS UFES, Vitória-ES, 2011.

GALINDO, J. *Entre la necesidad y la contingencia*. Autoobservación teórica de la sociología. Barcelona: Anthropos, 2008.

LUHMANN, Niklas. *Die Gesellschaft der Gesellschaft*. Frankfurt am Main: Suhrkamp Taschenbuch Wissenschaft 1360, Suhrkamp Taschenbuch Verlag, 1998.

_____. *Autopoiesis, acción y entendimiento comunicativo*. En *Organización y decisión*, España: Universidad Iberoamericana, Anthropos, 1997 [1982].

MARTINS, Paulo Henrique. *Ensayo sobre la dádiva: un clásico no reconocido de la crítica decolonial* (ms). Presentación en el 6° Congreso de Sociología y Encuentro Pre Alas, 2011: Sociología y Sociedad en Chile: Escenarios y Diálogos Contemporáneos. 2011.

MATURANA, Humberto; FRANCISCO, VARELA. *De máquinas y seres vivos*. Autopoiesis: la organización de lo vivo. 3ª ed. Santiago, Chile: Editorial Universitaria, Colección El Mundo de las Ciencias, 1995 [1973].

NASSEHI, Armin. *La teoría de la diferenciación funcional en el horizonte de sus críticas*. En *Revista Mad*, Universidad de Chile, N° 24, mayo 2011, pp. 1-29.

PINILLA, Juan Pablo. *Think Tanks, Conocimiento Experto y Formación de Agenda Política en Chile*, 2011. Tesis para optar al Grado de Magíster en Análisis Sistemático Aplicado a la Sociedad. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, 2011.

RIBEIRO, Darcy. *El proceso civilizatorio*. De la revolución agrícola a la termonuclear. México: Editorial Extemporáneos S. A., 1976.

SCRIBANO, Adrián. *Cuerpos y Emociones: Precariedad, Bordes y Abyecciones*. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*. Córdoba, Argentina, N. 05, p. 04-05, abril/julio de 2011. Disponible en <<http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces>>. Acceso en ago. 2011.

SEGAL, Lynn. *The dream of reality: Heinz von Foerster constructivism*. New York: Norton & Co., 1986.

UNESCO. *Informe Mundial de la UNESCO*. Hacia las sociedades del conocimiento. Ediciones UNESCO, París, 2005.

UNESCO. *World Social Science Report 2010*. Knowledge divides (WSSR). International Social Science Council. UNESCO Publishing, París, 2010.